

# Dadme un niño bien educado y moveré el mundo

*Carlos Díaz*

*Profesor Titular de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.  
Miembro del Instituto E. Mounier.*

## **1. Profesores-Caco**

Pues esto es lo que hay en los tiempos que corren; doctos colegas de la Academia de las Artes Docentes: mucho profesor, apenas maestros. Mucha aula, apenas escuela. Mucha información, apenas formación. Mucha noticia, poca cognición. Mucho contenido, poca forma crítica. Mucha palabra, poco concepto. Mucha escolástica, poca escuela. Mucho poco y poco mucho.

Esto es algo que no se nos ha ocurrido a nosotros solos esta mañanita soleada y fría en la que escribimos, claro está. Otros han dicho cosas mucho más gordas, y así, por ejemplo, George Bernard Shaw, exagerando evidentemente, afirmaba que la escuela puede resultar en algunos aspectos peor que una cárcel, pues en una cárcel no se fuerza a los presos a que lean libros escritos por los vigilantes y por el director. También Theodore Roosevelt, por su parte, ironizó aseverando que una de las mayores maravillas de la creación es la infinita capacidad de la mente humana para aguantar la introducción de conocimientos. Y Charles Colton concluía que los exámenes son formidables incluso para los alumnos mejor preparados, tan formidables que el más ignorante podría preguntar más de lo que el más sabio puede responder. En resumen, que a la sazón y por mor de lo cual, el otro día escuché una vez más a un colega cualquiera exultar de gozo, mientras exclamaba: «hoy ha sido un buen día, no he tenido clase». En suma, no cabe duda de que los niños deben tener mucha tolerancia con los adultos.

Competitividad, emulación; emulación, competitividad; si no quieres caldo, toma dos tazas: suele intentarse hacer del alumno brillante una réplica de uno mismo, de quien parece que a veces no tenemos, sin embargo, una idea tan brillante. Y claro, luego pasa lo que pasa, ahí está el síntoma cuando ese escolar intenta evitar que el colegio dificulte su educación: a nadie debería extrañarle que si enseñar no constituye todavía un arte perdido, sí al menos resulta ya una tradición donde se ha perdido el respeto hacia ello; al menos, donde los alumnos que empiezan traen un poco de ilusión, y los que terminan no llevan nada o casi nada, a cambio de un diploma que tampoco se sabe si vale demasiado. Digámoslo ya: la escuela parece tan poco compatible con la enseñanza como el desierto con los druidas, de ahí que si se quiere recuperar a los druidas, no hay que otorgar demasiados premios al mejor druida; si se quieren druidas, lo mejor será comenzar a plantar bosques.

No es que de suyo la escuela tenga que ser eso que acabamos de criticar, aunque demasiadas veces lo sea. Sabemos y anhelamos que la escuela debe aspirar a todo lo contrario, pero es menester proclamar en voz alta y ante quien fuere que no será capaz de superar su postración de continuar empecinándose en aceptar como telón de fondo las afirmaciones del nihilismo imperante (pues, aunque no se diga, el nihilismo también afirma, más de lo que parece). Y como en la era del nihilismo no hay quien pueda/sepa/quiera dejar rastro de su magisterio, ni de su testimonio, ni de sus convicciones, todo «enseñante» (horrísono voca-

Paul Gauguin, *Los abmiores amarillos* (fragmento).

blo) puede terminar comportándose del mismo modo que aquel célebre Caco de la mitología griega, el cual robó las vacas que Hércules apacentaba en el monte Aventino y, tirándolas fuertemente de la cola, las hizo andar hacia atrás hasta su cueva, a fin de que Hércules no pudiera seguir sus huellas y descubrir el hurto. Mas la mitología griega, girando eternamente sobre sí, acaso nunca concluye a gusto de todos; así que atiendan bien los Profesores-Caco: las vacas, mugiendo, hicieron vana la astucia de Caco, que cayó muerto bajo la clava de aquél.

## 2. Cultura edilicia.

En la época de Narciso, las preocupaciones y las subvenciones evidentemente están pensadas en función del alumno Narciso, todas ellas casi siempre auspiciadas institucionalmente, porque ¿qué daño ideológico puede hacer ese patronato, esa esponsorización, a las instituciones estatales? Tomemos un ejemplo al azar, uno entre mil, en este preciso caso el patrocinado por el Ayuntamiento de Motril, por la Diputación Provincial de Granada, por el Centro Cultural «La General», por la Delegación de Educación y Ciencia de Granada y por la Escuela Internacional de Expresión (1993), pleno de quince desaciertos. He ahí a Narciso en la barra fija, Narciso en la foto fija, atención:

«Expresión corporal (Esquema corporal, Autoimagen y Dinámica de la acción corporal).

Objetivo: descubrir y vivir nuevas experiencias a través de movimientos de expresión del cuerpo, con la finalidad de que cada participante indague en su grado actual de conexión-comunicación consigo mismo».

«Masaje y Autoestima.»

«El Cuerpo en la Educación-Despertar de los sentidos».

Bravo, Narciso, qué bien luces, cómo interactúas contigo mismo, con tu fina sensibilidad, ¡¡oh, maravilloso Narciso!! Pero mira, piensa en defender tanta hermosura; te interesa tomar más lecciones, te tienes que espabilar, has de servirse de lo que has aprendido para dar la vuelta a la frase y disponerte a conquistar el mundo por activa, ¡¡oh, brillante guerrero vikingo!! Puedes enderezar tu pasarela y tu barra fija hacia la lucha; la misma paz y relajación del zen y de las artes marciales puedes utilizarlas para competir, para dominar el mundo, dando la apariencia de noble rival con una mística de guerrero noble y generoso. Escucha, pues, si te place, bondadoso efebo:

«conoce a tu adversario y concóctete a ti mismo; cien combates sostenidos serán cien victorias.

Si ignoras a tu adversario y te conoces a ti mismo, las probabilidades de perder y de ganar son iguales.

Si ignoras a la vez a tu adversario y a ti mismo, tus combates no serán más que derrotas» (Sun Tse).

Visto lo cual, y si es verdad aquello que el genial Ramón Carande señalaba de que el español odia dos cosas, leer y que le enseñen, ahora al nuevo Narciso hispánico, situado bajo el lema *fallo da te* o *móntatelo tú mismo*, lo que más le mola es leerse a sí mismo y enseñarse a sí mismo, ya que no necesita de prójimo alguno que le instruya, con lo cual no hemos mejorado sensiblemente respecto de antes, cuando aquello tan nefasto del «la letra con sangre entra». Por lo demás, lo suyo del paidocentrismo o pedocentrismo (esto último sea dicho más cacofónicamente) no es estudiar lo que otros puedan enseñar, sino opinar a partir de la propia microexperiencia, siempre moverse en el terreno de lo subjetivo: «yo creo que él creyó que yo creía...». A Narciso nadie le tiene que enseñar nada, ¿estamos?, el cliente siempre lleva la razón; y si acaso se encuentra Narciso con alguien que sepa más que él —¡¡cosa ciertamente rara!!— y pueda enseñarle con amenidad, ello constituirá al fin un trivial y democrático demérito del docente: «¡¡Así cualquiera, con lo que sabel!!».

No fatiguéis a Narciso, por favor. Narciso no encuentra en todo el orbe de la tierra maestro alguno que pudiera ponerse a su altura, de ahí que encuentre muy aburrida la enseñanza del otro, porque aburrido es él que habla de sí mismo cuando nosotros queremos hablar de nosotros; y además, a Narciso las cosas de memoria le producen cefalea o cefalalgia o diarrea o diarrealgia mental, por lo cual Narciso prefiere sacar de su propio interior las ideas con que —listo él, sabio él— ya vino al mundo, con lo que se convierte en un autodidacta. Y claro, Narciso es muy malo como alumno («auto») y muy malo como profesor.

### 3. Escuela sí, aula quizás

Pero no hay que arrojar la toalla, dejándose vencer por los efectos perversos de la escuela axiológicamente maleada. Por lo demás, si como se comenzaba diciendo arriba, mil aulas se han abierto en el Occidente escolarizado, pero apenas se ven escuelas de vida por parte alguna, ocurre, por otra parte, que —a diferencia del siglo XIX, por ejemplo— tampoco quepa

identificar ya el aula con el curriculum, y ello porque existe a la sazón un aula de guardia dispuesta a expedir oculto y con criptocurriculo, un aula invisible y doméstica a la que asisten complacidos ellos y ellas, de toda edad, sexo, y condición; es la teleaula, últimamente auxiliada por la videoaula, con su moviolita y todo, y en algún caso con sus videojuegos infantiles y hasta con sus vídeos comunitarios para pobres con ánimo de doctrinandos o formandos. No existe, ay dolor, casa que no dedique su mejor espacio doméstico a tan singular forma de indoctrinación.

Ahora que en las escuelas «normales» (a falta de más serias afirmaciones de valores) todo se vuelven metodologías, sectorializaciones, reducciones de alumnos por curso, etc., etc., no deja de ser paradójico que en estas otras escuelas domésticas «de tiempo libre» (o de tiempo esclavo, según se mire) las cosas resulten extremadamente sencillas, simples y aún simplistas. Televisorium: se trata curiosamente de una escuela no graduada, sino de una escuela unitaria, unitaria y unitarista, que a todos acoge y a todos distrae, sin necesidad de profesores de apoyo, tanto que hace tabla rasa de todo y se muestra como hiperdemocráticamente mesotizadora. Contra esa escuela de reciente aparición, jamás pensó competir la arcaica escuela diascálica griega, como tampoco la ancestral escuela sapiencial rabínica.

Así las cosas, y a fuer de sinceros, hay que reconocer que esta escuela-secuela barre que se las pela, demostrando que aquellas cantinellas (en torno a mayo del 68) de los desescolarizadores, desmagistradores y demás críticos no son más que monsergas provenientes de resentidos que, a falta de un éxito más completo con sus propios escolares, arremeten contra la institución, sin darse cuenta de que son ellos mismos, los docentes sin sabia y sin savia, aunque con labio y con labia, quienes han fracasado, pero no la institución misma; pues si la institución ha fracasado, es por culpa de ellos mismos. Donde esté un magisterio digno, que se quiten todos los televisorios del mundo.

No, sin maestros que tengan lo que hay que tener, no resulta nada fácil poner el cascabel a

## ANÁLISIS

ese gato, y la razón parece suficientemente clara: mejor una buena máquina programada para generar convicciones que un mal maquinista poco convencido de que será capaz de conducir su tren a parte alguna. Y es que en el fondo todos lo sabíamos, a pesar de que no nos atreviéramos a decirlo: que el buen maestro siempre resultará insustituible, pero el malo podrá ser superado por cualquier caja amaestradora. Se veía venir antes de que se inventara la famosa telecaja, y así ha sido. La antigua caja negra de Skinner se ha convertido al filo del bimilenio que concluye en una máquina polícroma, taquistoscópica y bulliciosa, mientras que el maestro al uso sólo cuenta con una pizarra en blanco y negro, y con un aluvión de caspa sobre su bocamanga, maestro al uso por desgracia también él axiológicamente más negro que blanco, más derrotado que eufórico, más nihilizante y relativista que entusiasta y convencido, maestro que, a falta de mayores convicciones, da en designar como «calidad de la enseñanza» a la cumplimentación de sus prestaciones salariales, a la vigilancia del trienio, las sopitas y el buen vino. Y claro, así las cosas, ¿quién podría poner el cascabel al gato? En consecuencia, hay que bifucar, pues, como si no pasaran los años, sigue siendo certísima todavía aquella afirmación de J. Jiménez en su Pastoral del 1 de diciembre de 1814 (Imprenta Teruel, Murcia, 1814):

«Dadme un hijo bien educado y yo os daré un sacerdote religioso, un magistrado justificado, un militar obediente y un vecino honrado, pacífico y piadoso».

Aunque, a ser posible, militares no, gracias. De la escuela no deberían salir militares. Escuelas sí, cuarteles no. ¿Y si todo proviniera en última instancia de la confusión entre escuela y cuartel?



Edgar Degas, *La estrella* (fragmento).

Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres, aseguró Pitágoras. De acuerdo, pero para este menester hay que ser más que un erudito, hay que ser un docente culto, en el sentido profundo del adjetivo, con ser ya mucho esto, pues la diferencia que existe entre un hombre culto y un erudito es la misma que existe entre un libro y un índice de materias, como dijera Thomas Say. **A**